

## Conversaciones con mi Apellido: Escudero I. De Pueblo en Pueblo. De Villanueva de los Infantes ...

Vidal Nieto Calzada



Te resultará curioso, incluso extraño, que estando tu apellido Escudero tan detrás de mi nombre quiera conversar también con él, para saber y que me cuentes de tus hijos, mis ancestros. Conocer sus historias y periplos vitales, y acercarme a la vida y los lugares que habitaron los que me precedieron llevando tu apellido.

Me queda atrás sí Escudero, lejos de mi nombre, aunque emocionalmente le siento también cerca. Lejos porque aparece, si le busco, muy retirado de mi nombre, y cerca porque era el segundo apellido de mi abuela Hipólita Antón, la hija mayor de Josefa Escudero, quien era a su vez la más pequeña de las tres hijas de **Baltasar Escudero Portillo**, su abuelo.

Además, después de conversar con mi apellido Antón, descubro cómo se entrecruzan, se complementan, se unen, y caminan juntos estos dos apellidos míos, haciendo más entendible su común historia, su oficio de pastor, los desvelos, trabajos y penalidades que sin duda vivieron en su constante peregrinar de pueblo en pueblo por el Cerrato palentino y por los páramos, montes y valles del Esgueva vallisoletano.

Por ellos se movían llevando sus rebaños, buscando pastos y amo. Por S. Pedro se ajustaban y hasta el 29 de junio del año siguiente le debían fidelidad, y permanecían a su órdenes cuidando su ganado por lo acordado y con las contrapartidas apalabradas. La palabra de pastor era sagrada e "iba a misa".

Luego podían buscarse otro, o que otro amo les buscara a ellos. Era fácil por tanto, como así les sucedía con frecuencia, encontrar mujer y esposa en otro pueblo distinto del suyo por el que anduvieran, y casarse con una forastera, con la que regresarían al pueblo al principio del verano. Y que los hijos les nacieran en lugares diferentes, aunque el lugar común para todos, la casa grande, el lugar de los padres y mayores de estas mis dos familias, creo reconocerlo y ubicarlo en Vertavillo.

Mi abuela Hipólita Antón Escudero, y sus hermanos, son la síntesis de estas dos familias de pastores que se entrecruzan y hacen una, recogiendo la herencia, los valores, los usos y costumbres, la historia y la genealogía de las dos, para mantenerlas vivas hasta su muerte.

Hoy, sin aquellos tus hijos, son ya sólo un pálido recuerdo recuperado de viejos libros que duermen en los armarios de viejos archivos. Por eso quiero conversarlas juntas, transitarlas y descubrirlas al mismo tiempo en el solar en el que vivieron, y en el que se han hecho polvo sus huesos, porque me cuesta entender a la una sin la otra, y las dos juntas se recrecen, agigantan, son mi paradigma y me enorgullecen, y ésta su historia es mi homenaje a su memoria.

Aunque su padre y su abuelo eran de Vertavillo, Baltasar nació el día de Reyes de 1828 en un pueblo vallisoletano, de nombre sonoro y noble, llamado **Villanueva de los Infantes**, a no mucha distancia de la capital, asomado al Esgueva desde el cotarro en que se alza, en su margen derecha, en el valle del mismo nombre.

He estado hace poco visitando el pueblo del bisabuelo materno de mi padre, andando sus calles, conociendo el lugar donde nació y anduvo sus primeros pasos, como queriendo atrapar en ellas su memoria, interiorizar su presencia y cristalizar su recuerdo.

Valle arriba, siguiendo el curso del Esgueva, a 21 kilómetros de Valladolid, estirado a lo largo de la carretera, a mano izquierda, entre Olmos y Piña de Esgueva, apenas es perceptible el pequeño pueblo de 140 habitantes si no nos salimos de ella para subir un poco hacia el pequeño altozano, al pie del monte, sobre el que se asienta y desparrama.

Entrando por la calle del Rollo, donde quizá le hubiera pero hoy le hay, lo primero que aparece es una gran plaza abierta donde se levanta el ayuntamiento, y a la derecha un sobrio edificio palaciego, con un escudo en el que se lee "*Dirección Gral. de Instrucción Pública*", antiguas escuelas. En la pequeña espadaña del ayuntamiento, coronado por la campana y la veleta, labradas en forja, unas letras: "*Costeado con los fondos del municipio, siendo alcalde Miguel Coloma, año de 1885*", como el de Esguevillas, Torre y Piña.

La calle Barrio Nuevo discurre recta hasta llegar a la confluencia de la pequeña iglesia, adosada a la robusta torre campanario que corona un gran nido de cigüeña. Una pared lateral hace las veces de frontón. Más arriba se asoman las bodegas y algunos viejos y semihundidos palomares. Dando la vuelta por abajo, la calle de la Iglesia me devuelve a la plaza, y por la calle Barrio de S. Pedro salgo de nuevo a la carretera.

A penas he visto a nadie en mi paseo. El silencio y la soledad lo llenan todo, también la armonía con el paisaje, y la limpieza de sus calles, y la elegancia de sus edificios y el orden casi geométrico bajo un intenso cielo azul de las diez de la mañana.

Entré en la iglesia, del s.XVI, que parece una acogedora ermita, con sus arcos y artesonado de madera. Hay vestigios románicos, góticos y mudéjares. En una nave lateral, a la entrada, está la pila bautismal y una piedad al fondo, aunque lo más sorprendente son los coloristas frescos de las pinturas románicas en las paredes del ábside, y la bonita talla engalanada de la virgen de la Torrecilla, que al haberse derruido su ermita se aloja ahora en la iglesia.

El oficio de pastor del padre de Baltasar, que habría también de ser el suyo, le habría llevado por aquella época por estos parajes y páramos del Esgueva, en la tarea de ir por delante, abriendo camino al rebaño a su cargo cachaba en mano, la manta al hombro, el morral en bandolera, quizá el burro al lado, y atentos a su voz los

perros. Fue estando aquí, lejos del pueblo, cuando se puso de parto su madre, Gregoria Portillo, una mujer originaria del pueblo burgalés de Roa, al que da su apellido el Duero.

El parto no fue bien, tanto fue así que al nacer, una mujer, quizá la partera, María Castro, tuvo que administrarle el bautismo que llamaban de socorro "*por haber salido a luz con pocas señales de vida*". Unos días después, el diez de enero, ya recuperado, el cura teniente Francisco Fernández Romero le puso los santos Óleos y el Crisma, y le dio por abogados, como no podía ser menos, a los Santos Reyes en la mencionada iglesia parroquial de Santa María la Mayor.

No debieron tardar mucho sus padres en volver al pueblo, pues en su acta de matrimonio con Hipólita Montenegro Amador, celebrado en Vertavillo el 5 de octubre de 1874, se dice que "*reside en ésta desde su niñez*". Así que fueron estas suertes del Cerrato las primeras que vieron al joven pastor Baltasar apacentando el rebaño.

Se casó mayor. Vivía soltero en la casa de sus padres, en el número 5 de la calle Mediodía. Tenía cuarenta y tres años cuando murió su padre. Un año después, el 4 de octubre de 1872, murió Gregoria su madre con setenta y cuatro, de anemia, se dice, y se quedó solo en la casa, pues sus hermanos ya estaban casados.

A los cuarenta y seis años, ante Felipe García, cura ecónomo de la parroquia de S. Miguel, se casó con Hipólita Montenegro Amador, que tampoco era joven, pues ya tenía 32 años aquél 5 de octubre de 1874 cuando le dio el sí a Baltasar, y dejó la casa de su padre donde vivía, en la calle Trinquete número 9, para irse a vivir a la de su marido.

Allí, en el número 5 de la calle Mediodía, en los cinco años siguientes, nacieron sus tres hijas: Gregoria en 1876, que murió a los diez meses, Isidora en 1876 que murió de anginas con siete años, y *Josefa Escudero Montenegro* mi bisabuela, a las 10 de la mañana del 24 de mayo de 1879, que fue la única que sobrevivió de aquella descendencia.

Su mujer Hipólita, que fue gemela de Alonso, había nacido el 22 de agosto de 1841, y el mismo día fueron bautizados ambos por el Beneficiado de Preste y cura teniente de la parroquia, Manuel Pinto.

Era hija de un jornalero de Alba de Cerrato, llamado Isidoro Montenegro Calzada, de quien, en el acta de matrimonio de su hija, se dice que era viudo entonces de Juana Amador, nacida en Vertavillo, y que había muerto "*pobre de solemnidad*", tres años antes, dejando "*un hijo emancipado y tres solteros viviendo en compañía de su padre*". La más pequeña era Anastasia, madre soltera, a quien se le mueren dos "*hijas naturales de padre ignoto*": Eusebia de seis meses en 1881, y Basilisa de cinco años y medio en 1883. Murió a los 63 años, viuda y sin hijos.

Esta es la primera parte de esta historia de pastores que llevaban tu apellido Escudero. Arranca en Vertavillo, desde donde partieron hacia el Esgueva, y hasta el que retornaron pasando por el pueblo donde el último de tus hijos varones vio la luz.

Luego, tu apellido se transmite a la única hija que le sobrevive, quien se casa con un hijo de otra estirpe de pastores recios que son los Antón, apareciendo en escena los Antón Escudero, de la que mi abuela fue la primogénita, y sus dos hermanos varones, y la pequeña, los continuadores de la tradición pastoril de sus padres.

Para seguir remontándome por tus ramas hacia mis más antiguos ancestros, tengo que seguir viajando tras las huellas de tus hijos, ahora desde Vertavillo hasta el vecino pueblo desde donde llegaron los más antiguos Escudero que he conocido.

Aunque esa es ya la II parte de esta historia.

Calera y Chozas, septiembre 2012